Paseaban ambos fumando sendos pitillos y muy preocupados uno y otro. La tarde caía envuelta en la púrpura del crepúsculo Un hombre pasó muy cerca de los dos hermanos sin mirarlos: era Ramón Serra

El jorobadito había pasado en aquellos dos últimos meses por una tremenda metamórfosis. Estaba flaco, orejudo, esmirriado. Su joroba era lo único que en su persona guardaba la preponderancia y tamaño antiguos. Mon inspirado lástima, era otro hombre.

—¡Pobre Mon!—dijo Basilio con pena, viéndole alejarse —¡Guánto más le valdría no vivir!

Y luego, volviéndose á Perico con cierto enojo.

—Y tú tienes la culpa de la desgracia de este hombre. El era feliz y tú le hiciste desdichado, ¡toño! No tienes perdón de Dios.

Perico, encogiéndose de hombros, repuso:

—Mides mal la parte de culpa que en la desgracia de Mon me alcanza, Basilio. Créeme; no soy tan culpable Al principio,

cuando me enteré de lo que á Mon le había pasado, sentí un remordimiento torturador, no te lo niego; pero después....después he meditado mucho sobre mi culpabilidad, y me he convencido de que no es tan grande ni mucho menos. Yo no conquisté á Maneleta; fué ella la que me conquistó á mi.

—Esto lo dices para disculparte. Si tu querías á esa mala mujer, debiste aguantarte, porque no era tuya.

—Mira, chiquillo,—dijo Perico, mirando á su hermano con benévola superioridad;—tú no sabes de esas cosas una palabra. Ni yo quería á Maneleta ni ella me quería á mi. Antes de faltar á su marido conmigo, le había ya faltado con otro hombre. Cansóse del primer querido y buscó otro. El otro fuí yo, como pudiste serlo tú, ó Tonet Roca, ó Esteban Carré. Entonces estaba yo de moda y yo fuí el preferido. Ciertos escrúpulos de la moralidad atildada no pueden resistir á la fuerte filosofía. Tengo corazón y siento como tú lo ocurrido á Mon, que después de todo, es él quien se empeña en hacerse desgraciado á la fuerza. Tú y Félix callaistéis lo sucedido en el «cup» y la jus-

ticia no se metió con él.... Que no le pese tanto la muerte de Quico, ya que le mató sin querer. No fué él criminal; fué Quico desgraciado.

—Tienes la manga muy ancha,—dijo Basilio con acento que indicaba un asomo de repugnancia.—En las ciudades se aprenden cositas que aquí no pueden pasar, por mucha filosofía que representen. ¡Con la conciencia no se juega, toño!

Advirtió Perico el despego con que su hermano le hablaba y empeñóse en hacer que Basilio comprendiera la razón que le asistía.

—Tú me juzgas mal, Basilio, tú me me juzgas mal,—dijo.—Ponte en mi lugar y reflexiona detenidamente, fríamente, lo ocurrido. Si tu tienes sed y encuentras un vaso de agua que pertenece á otro sediento, bebes el agua sin pararte en escrúpulos. Yo no hice nada por conquistar á Maneleta; te lo juro. Pero Maneleta hizo mucho por conquistarme á mi; me seducía su hermosura, me mareaban sus miradas dulzonas ...No pude resistir, me fué imposible. Yo no soy un santo, ni lo eres tú, ni lo es ningún hombre que sea verdadero hombre. ¿Quién es el guapo que resista á una mujer hermosa é insinuante?.... No, Basilio, no; mira bien las circunstancias, no juzgues las causas por las consecuencias, que en las consecuencias ha habido mucho de accidental, mucho de endiablada fatalidad.

Hablaba Perico tan sinceramente, casi desesperado, con tanta pena, que Basilio hubo de darse por vencido.

—Tienes, razón, chico,—afirmó resignado;—la culpa es toda de ella; lo comprendo. Es una mala mujer.... Yo no sé cómo te llegaste á enamorar de esa..... En fin, lo hecho hecho está; no tiene compostura. Si en el mundo no estuvieran mi madre, mi novia y mi hermana, maldeciría á las mujeres. ¿Tú sabes el caso que hace Maneleta de la desgracia de su marido?

—Hace mucho tiempo que no la veo.... No quiero verla más. Ignoro lo pasado entre ella y Mou después de saber éste....

—Pues óyeme y lo sabrás ..Sentémonos aquí.

Sentáronse los dos hermanos en el borde del caminal, sobre un haz de sarmientos se-

cos. Las mujeres que recogían las olivas comenzaban á retirarse, tomando el camino de sus casas, después de haber llevado á la Masía el fruto recogido de entre los terrones. Al pasar junto á Perico y Basilio, saludábanlos con un «¡bona nit!» dicho de corrido y sin volver la cabeza. Basilio dijo á su hermano, después que ambos encendieron un cigarro:

—El día en que ocurrió la desgracia, después que el pobre Quico fué sacado del «cup», Mon se escapó; estuvo dos días perdido. Cuando, pasado el tiempo y algo más valiente, decidióse á volver á su casa, fuése allá y contó á su mujer lo sucedido, diciéndola que estaba enterado de todo lo mala que era.... ¡Toño, si soy yo la mato! ¡Vaya si la mato!... Bueno; pues ella dijo que todo habían sido embustes del pobre Quico y que á éste le estaba bien merecida la muerte por embustero... ¡Qué mujer, Cristo!... Por supuesto que Mon no la creyó ni una palabra. Fué reflexionando, recogiendo detalles, y pudo convencerse de que lo dicho por el tonto era la pura verdad. Si á mi me hace una mujer lo que Maneleta hizo á Mon, la

mato ó la echo á puntapiés de mi casa. Pero Mon tiene otra manera de hacer las cosas, otro genio, y ni la mató ni la echó á la calle. Tú veras; Mon vino á verme y me dijo: «Oye, Basilio; tú sabes muy bien que yo tuve la culpa de que el infeliz Quico se cayera al «cup». Fué una desgracia. Ayúdame á salvarme, y si la justicia os pregunta á tí y á Félix, os calláis la verdad y decís que Quico se cayó sin que nadie pudiera remediarlo. Hazme este favor, que te agradeceré toda la vida. Yo no soy un criminal; tú lo sabes bien.... Si la justicia mueve mucha guerra, aflojaré la mosca, y todo se arreglará» ...¡Toño, yo no podía hacer otra cosa que no fuera salvar al desgraciado Mon! Le prometí callarme, y así lo hice, encargando á Félix y á padre que hicieran lo mismo. La justicia nos metió en mil apuros. Todos los días teníamos que ir á Igualada á declarar.....¡Te digo que aquello era una «cascajada» de lo más aburrido, toño! Pero las cosas se arreglaron bien, como tú sabes, gracias á que Mon abrió el bolsillo y soltó mucha plata. ¡El pobre Quico al hoyo y los vivos contentos! Bueno: pues

Mon, desde entonces, comenzó á enflaquecer, y á ponerse malo, y á no hablar á nadie, dejando comerse por la pena. Yo.... te lo digo con franqueza: sentía mucha rabia viendo al pobre sufriendo y sufriendo, mientras su perra mujer engordaba tan contenta, y un día, porque yo no me muerdo la lengua, llamé aparte á Mon y le dije: «Oiga usted, amigo: usted no tiene vergüenza si sigue viviendo al lado de esa prostituta. Aunque se trata de la querida de mi hermano, yo me meto en este asunto porque me da la gana y porque no puedo ver á ningún hombre gallina»..... Mira, Perico; tú tendrás razón en todo cuanto dices; pero yo, en lugar del otro, te reviento á puntapiés.... créeme..... ¡te reviento! Se piensa muy bien en el mal ajeno, pero muy desbarradamente en nuestro mal. Además, no todos entendemos de filosofías intrincadas.

Perico, sin chistar, no perdía palabra de cuanto su hermano hablaba con su ruda franqueza. Cuando Basilio calló, dijo el «hereu»:

—Si, chico; dices bien. Yo he tenido suerte.... Si Mon hubiera pensado á tu manera.... Pero, dime: ¿cómo acabaron esas misas?

—Verás, verás,—continuó Basilio, tirando la colilla del cigarro y encendiendo otro; —Mon, que, como te he dicho antes, no tiene igual manera que yo de hacer las cosas, me contestó: Tienes razón Basilio; yo debía haber matado á mi mujer y á tu hermano. Pero yo pienso y me hago cargo de lo que puede venir. ¿Qué necesidad tengo de ir á presidio por castigar á una mala mujer y á un mal amigo? Además, nadie más que tu familia y yo sabemos lo que sabemos. Mejor es que calle y aguante. Si mi mujer tiene un poco de vergüenza, sufrirá al verme junto á ella constantemente... Más adelante, veremos. Soy de los que «las guardan». Esto me dijo, y no volvimos á hablar más de este asunto. Creo que Mon, que es un calzonazos, llegará á olvidar lo que su mujer le ha hecho y seguirá viviendo con ella tan tranquilo.

No lo creas,—advirtió Perico, muy seguro en lo que decía;—los hombres como Mon, que se comen la pena y esconden las lágrimas, son temibles. Si hablas con Maneleta alguna vez, aconséjala que se mar-

che, que abandone á su marido. Con esto harías un favor grande á uno y otro. La vida de Mon al lado de esa mujer tiene que ser horrible forzosamente. Ella acaso no sufra; es una infeliz con la inteligencia empotrada en el vicio, oscura. Es muy posible que tenga ya otro querido. Su sensualidad es tremenda, invencible; el sexo le pide hombre, y sin hombre no puede pasarse Maneleta. Temo una desgracia si ese matrimonio no se separa. Ocurrirá mañana, pasado, dentro de un año, dentro de cinco años... Pero ocurrirá; no lo dudes, Basilio. La venganza de Mon existe, sólo que la oculta el tiempo.

Callaron los dos. Perico pensaba en la mala muerte que esperaba á Maneleta, si ésta no se decidía á dejar á su marido. Para Perico, Maneleta, siendo muy mala, no lo era tanto como Basilio y Mon suponían. Entre los vicios más indomables, existe el de la lujuria. Maneleta hubiera sido buena con un hombre de un temperamento semejante al de ella. Mon fué siempre frío; su carne se satisfacía con muy poco, no era exigente. Las mujeres como Maneleta son siempre buenas, cuando no se las exige un sacrificio.

Basilio, menos psicólogo que su hermano, veía las cosas desde muy distinto punto de vista. Según él, si Mon mataba á su mujer, no haría más que lo que aconseja la justicia. Sin embargo, Basilio comenzó á sentir hacia Mon una repugnancia invencible, al sospechar que el jorobado podría matar á su mujer ¡fríamente, después de transcurrido mucho tiempo. Con esto no transigía Basilio; él era impulsivo, capaz de todo en un instante de exaltación; pero meditar el crimen con tiempo, solapadamente.... Basilio se decía: «¡Toño, los hombres así me dan miedo, y yo no tenía miedo á nadie! Si Mon mata á Maneleta más tarde, cuando.... ¡Cristo! Pensar que esa infeliz mujer puede ser asesinada cuando menos lo espere.... ¡A quien me dan ganas de matar es al marido, cascajo!»

Perico preguntó:

—¿Y Maneleta? ¿Qué tal se muestra?

Basilio, sin poder librarse de sus tristes pensamientos, habló sin ilación, de un modo incoherente, truncado:

Ella....si; está alegre,—dijo.—¡Se la ve tan fresca!....¡Toño, qué cosas!....Pues

¿y Mon?....Ya lo ves: hecho un loco, pensando en el muerto....Y cuando los muertos sean dos....Dicen que se va á morir, y yo creo que el otro le tira de los pies todas las ncohes....Maneleta muy alegre, la pobre. ¡Claro, como que no espera!....

—Pero ¿qué demonios estás diciendo?—preguntó Perico, extrañado del obtuso lenguaje de su hermano. —Apuesto á que ya le tienes lástima á Maneleta. ¡Y es de tenérsela! Créeme: Mon hará una atrocidad más tarde ó más temprano. Debes aconsejar á Maneleta que se marche, que le deje.

—Se lo diré; pierde cuidado,—dijo Basilio. —Y vámonos, que ya es de noche y el frío sopla fuerte.

Se levantaron. Perico advirtió que él debía irse al Casino, donde se daba un banquete en honor del nuevo diputado, y Basilio ofrecióse á acompañarle á la villa. El tenía que despachar allí algunos quehaceres muy importantes Sonrió Perico, sospechando la clase de los quehaceres que su hermano tenía que despachar en la villa, y ambos tomaron el camino de Villera, continuando su conversación sobre la vida que

llevaban Mon y su mujer y la probable desgracia que esperaba á Maneleta, si no sabía librarse á tiempo, poniendo terreno de por medio entre ella y su marido.

Ya en la villa, cada uno tomó por su lado, dirigiéndose Perico al Casino directamente

El banquete ofrecido al señor Llosas González fué otra entusiasta manifestación de cariño al nuevo diputado, por parte de los más significados villerenses. Allí estaban Don Felipe Martorell, Don Pablo Huguet, Mon, Esteban Carré, Tonet Roca, Llorens, Pitaló y otros muchos de los que en la villa gozaban de alguna importancia social. Brindaron Llosas por los «amables villerenses»; Martorell, Huguet y Mon por Llosas y Perico por la República.

Se propuso que, al día siguiente, fueran todos á la estación á despedir á Don Enrique y á Perico, que se marchaban á Barcelona, y esta idea, expuesta por Carré, fué aceptada con nuevas y entusiastas manifestaciones de simpatía al catedrático y al joven periodista.

La fiesta terminó ya muy avanzada la no-

che, retirándose los comensales después de repetir á Llosas elogios y protestas de sincera amistad. El flamante diputado, hinchado de vanidad, feliz, satisfecho, coloreándole el rostro los vapores de la digestión, abrazó á Perico, al quedarse á solas con él, y le dijo con palabra solemne:

—El Director de EL DIARIO no sabe lo que usted vale, amigo mio. Tendré que decírselo yo, para que le aumente el sueldo.

XVII

Cuando Don Felipe entró en su casa, sorprendióle ver luz en todas las habitaciones. Oyó susurro de voces y, luego, un grito estridente, desgarrado, que le hizo detener su paso, esperando algo que no conocía. El grito se repitió: era Mundeta la que gritaba,

y el viejo Martorell precipitóse corriendo por los corredores de alfombra roja y grandes cortinajes, hasta llegar junto á la puerta de la habitación de su hija. Pero no pudo entrar. En la puerta estaba Doña Consuelo, que le cerró el paso.

—¿Qué le pasa á Mundeta?—preguntó el viejo medrosamente.—¿Qué tiene?

Doña Consuelo, mujer que seguramente tenía bien templada el alma y sabía sobreponerse á la pena, contestó:

—Nuestra hija está muy mala. Ve á buscar á Huguet....¡Corre!

Miró Don Felipe á su mujer con verdadero terror y permaneció quieto.

—¡Corre!—repitió Doña Consuelo.—No pierdas tiempo. La cosa no es de peligro inminente. Te contaré cuando vuelvas.

Los gritos de Mundeta menudeaban, llenando de aflicción el alma del asustado padre. Corrió éste á la calle sin esperar más explicaciones y fuése derechamente á la casa de Don Pablo. La noche estaba nublada y pronto comenzaron las nubes á lagrimear un poco.

No tuvo Don Felipe menudo alegrón al